

ESTADO-NACIÓN, NACIONALISMO, GLOBALIZACIÓN, INTERNACIONALISMO*

Michel Löwy

Resumen

A partir de una perspectiva marxista, el autor analiza el papel del Estado-nación en la nueva configuración política mundial. Se revisa cómo el capital ha impuesto sus reglas, sus políticas y sus dogmas mediante instrumentos como el FMI, la OMC y el Banco Mundial, para dominar y gobernar a la humanidad bajo la política del libre mercado y la libre ganancia, además de someter a todas las esferas de la vida humana.

Asimismo, vislumbran una serie de movimientos que tendrán éxito si convergen e interactúan, sólo así generarán un internacionalismo con una vocación universalista y emancipadora.

Abstract

From a Marxist perspective the author analyzes the role of nation-state in the new political shaping of the world. It is reviewed how capital imposed its rules, its policies and its dogmas through instrumental entities such as the International Monetary Fund, the World Trade Organization and the World Bank, to dominate and govern mankind under policies of free market and free profit, in addition to subdue all spheres of human life.

Furthermore the author glimpses a set of movements that can succeed if they converge and interact. That would be the only way to generate an internationalism with an emancipating and universalist vocation.

*Traducción de Margarita Flores.

Podría comenzar con una referencia del *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, que contiene un notable y profético diagnóstico de la mundialización capitalista. El capitalismo, insisten los dos jóvenes autores, es un tren que transporta un proceso de unificación económica y cultural del mundo que guía bajo su supervisión:

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y el consumo de todos los países. Pero el pesar más grande de los reaccionarios, es que ella ha retirado a la industria su base nacional. (...) En lugar de la autosuficiencia y el aislamiento regional y nacional que en otro tiempo hizo posible una circulación general, se establece una interdependencia universal de las naciones. Y es por las producciones materiales más bien que por las producciones intelectuales.

No es sólo la expansión, es más bien la dominación: la burguesía

obliga a todas las naciones; si ellas no ceden y debilitan su voluntad a adoptar el modo burgués de producción, ésta se impone e introduce bajo el nombre de la civilización; es decir, a hacerse burguesas. En pocas palabras, crea un mundo a su propia imagen y semejanza.¹

Ahora bien, lo que se constituyó en 1848 es más bien una anticipación a las tendencias futuras que una simple descripción de la realidad contemporánea. Es el debate de un análisis que es mucho más verdadero hoy día, en la época de la “mundialización”, que hace 150 años, al momento de la redacción del manifiesto.

En efecto, nunca antes como ahora, a finales del siglo veinte, el capital ha logrado ejercer un poder tan completo, absoluto, integral, universal e ilimitado sobre el mundo entero. En el pasado, nunca como actualmente, había impuesto sus reglas, sus políticas, sus dogmas y sus intereses a todas las naciones del globo. El capital financiero internacional y las empresas multinacionales no habían tenido tanta capacidad de

¹ K. Marx, F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, París, Livre de Poche, 1973, pp. 10-11.

control tanto de los Estados como de sus poblaciones. Nunca antes había existido una red de instituciones internacionales —como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización Internacional del Comercio— dedicados a controlar, gobernar y administrar la vida de la humanidad bajo las estrictas reglas del libre mercado y de la libre ganancia capitalista. En fin, jamás en otra época ha sido como ahora, todas las esferas de la vida humana —relaciones sociales, cultura, arte, política, sexualidad, salud, educación, deportes, entretenimiento— están completamente sometidas al capital y están completamente sumergidas en las “aguas heladas del cálculo egoísta”.

Sin embargo, también encontramos en el manifiesto algunos errores muy importantes. Inspirados por un optimismo de “libre intercambio” y un método bastante economicista, Marx y Engels previeron —sin razón—

el aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecerán paulatinamente con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio, el mercado mundial, la uniformidad de la producción industrial y las condiciones correspondientes a su existencia.

Por desgracia ¡no! La historia del siglo XX —de dos guerras mundiales y de innumerables conflictos entre naciones— no ha confirmado esta aseveración. La expansión planetaria del capital es de la misma naturaleza, producir y reproducir sin cesar el enfrentamiento entre las naciones, por los conflictos entre potencias en la búsqueda de la dominación del mercado mundial, en los movimientos de liberación nacional contra la opresión imperialista, o aun bajo otras miles de formas más. La dominación del mercado capitalista no suprime y sí intensifica —a un grado sin precedente— los conflictos nacionales.

Por otra parte, en el transcurso del siglo XX, las consecuencias más dramáticas han sido a causa de la lógica del Estado-nación. Como lo observó atinadamente Nicos Poulantzas

los genocidios... son una invención moderna, ligada a la especialización propia de los Estado-naciones: forma de exterminación específica en pro de la limpieza constitutiva del territorio nacional, que se homogeneiza al cer-

carlo (...) El genocidio sólo se hace posible con el cierre de los espacios nacionales contra aquéllos que se convierten en cuerpos extranjeros en el interior de las fronteras. ¿Símbolo? El primer genocidio de la historia moderna es el de los armenios, acompañada por la fundación del joven Estado-nación turco bajo el liderazgo de Kemal Atatürk, la constitución de un territorio nacional sobre las ruinas del Imperio otomano. (...) Las raíces del totalitarismo están inscritas en la matriz espacial materializada por el Estado-nación moderno...²

Actualmente, se observa que la globalización capitalista apunta a alimentarse de los pánicos identitarios y los nacionalismos tribales. La falsedad universal del mercado mundial desencadena los particularismos y endurece las xenofobias: el cosmopolitanismo del capital y las agresivas impulsiones identitarias se conservan mutuamente.³

En la discusión sobre el devenir de los Estados-nación hay dos errores que les falta evitar: el primero es el de considerar a los Estados-nación como instituciones en decadencia, en extinción o con la pérdida de todo poder político y/o económico como consecuencia del proceso de globalización capitalista; y el segundo es el de creer que la defensa de la nación y de la soberanía nacional es la única o la principal línea de defensa contra las catástrofes provocadas por el mercado globalizado.

Empecemos por el primero: contrario a lo que se ha dicho, a menudo los Estados-nación continúan jugando un papel decisivo en el campo político y económico. Nicos Poulantzas tiene razón al señalar que en los países imperialistas,

el Estado nacional realiza modificaciones importantes a fin de poder cambiar el proceso de internacionalización para que no altere (con frecuencia en perjuicio del pensamiento) la pertinencia del papel del Estado-nacional en ese proceso.⁴

² N. Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*, París, PUF, 1978, p. 118.

³ Hago míos los análisis de Daniel Bensaïd en su notable libro *Le Parti melancolique*, París, Fayard, 1997.

⁴ N. Poulantzas, "Las transformaciones actuales del Estado, la crisis política y la crisis del Estado", en *La crisis del Estado*, París, PUF, 1976, p. 48.

Recordemos que éstos son los Estados de los países capitalistas dominantes, a través de sus representantes, que determinan las políticas neoliberales del G-7, del FMI, del BM y de la OMC. Son esos mismos Estados quienes utilizan sus instrumentos militares y, en particular la OTAN, imponen su orden a escala mundial, como lo muestran las guerras de intervención imperial en el Golfo y en Yugoslavia. En fin, el Estado-nación norteamericano, única superpotencia en el mundo actual, ejerce una hegemonía económica, política y militar indiscutible.⁵

En el caso de los países del Sur, los Estados-nación no han dejado de jugar un papel importante: salvo excepciones, éstos funcionan como correas de transmisión para el sistema de dominación imperial, se someten sin objeción a los mandatos del capital financiero y a los dictados del FMI —argumentando en el pago de la deuda externa la primera prioridad del presupuesto— y llevan a cabo, con intereses, las políticas neoliberales de “ajuste estructural”.

¿Cómo resistir a la globalización capitalista, a las políticas neoliberales productoras de una brutal desigualdad social, de desastres ecológicos, de regresión social, de “horror económico” y de agravación de la deuda y de dependencia de los países del Tercer Mundo? Es evidente que el Estado-nación juega un papel en esta resistencia, y la primer exigencia de los movimientos anti-sistémicos —para utilizar la acertada terminología de Immanuel Wallerstein— es que sus gobiernos rompan con las orientaciones del FMI, decretando la moratoria de la deuda externa y reorientado la producción hacia las necesidades del mercado interno. Pero será una ilusión peligrosa creer que la salvación puede venir de una resistencia estrictamente “nacional”. Sobre todo, señala Nicos Poulantzas, no hay que caer en la trampa de “la línea de defensa de su propio Estado-nacional contra las instituciones ‘cosmopolitas’”.⁶

⁵ Nicos Poulantzas tuvo razón, en los años setenta, de arrojar las previsiones, muy difundidas en la época, de un declive de la hegemonía mundial norteamericana. *Cfr. Las clases sociales en el capitalismo actual*, París, Seuil, 1974, pp. 94-95.

⁶ N. Poulantzas, *Las clases sociales en el capitalismo actual*, op. cit, p. 89.

Una lucha eficaz contra el imperio del capital multinacional no puede limitarse a un nivel de Estado-nación, por diversas razones:

1. Las victorias obtenidas a nivel nacional son limitadas, precarias y amenazadas constantemente por la fuerza del mercado capitalista mundial y sus instituciones.

2. Una perspectiva estrictamente nacional no permite la formación de alianzas y la constitución de un polo mundial alternativo. Sólo una coalición de fuerzas internacionales es capaz de enfrentar y hacer retroceder al capital global y sus instrumentos: FMI, OMC, etcétera.

3. El Estado-nación no es un espacio social homogéneo. Las contradicciones de clase, los conflictos sociales y la ruptura entre la oligarquía y las masas de trabajadores, la élite privilegiada y la multitud de pobres y excluidos a través de cada nación.

4. Sin negar la legitimidad de los movimientos nacionales progresistas y emancipadores —por ejemplo, el caso de los kurdos, los palestinos o los habitantes de Timor del Este—, no se puede negar que los nacionalismos, en el mundo actual, toman sobre todo formas intolerantes, agresivas, hegemónicas. La última década del siglo XX se ha caracterizado por masacres intercomunitarias, guerras nacionales/religiosas, “purificaciones étnicas” y los mismos genocidios.

5. Los problemas más urgentes de nuestra época son los internacionales. La deuda del Tercer Mundo, la amenaza de una catástrofe ecológica inminente, el control necesario de la especulación financiera y la supresión del paraíso tributario, son de los problemas mundiales que exigen soluciones planetarias.

Para luchar de manera eficaz contra el sistema, hay que actuar simultáneamente en tres niveles: el local, el nacional y el mundial. El movimiento zapatista es un buen ejemplo de esta dialéctica: profundamente enraizado en las comunidades indígenas de Chiapas y con sus exigencias de autonomía. La lucha simultánea contra la hegemonía mundial del neoliberalismo. Pero ésta también es la causa de los MST (Movimiento de Países sin Tierra) de Brasil, que en su base social entre las movilizaciones y ocupaciones de tierras locales, representa un pro-

yecto de desarrollo alternativo para Brasil, sin dejar de participar en todas las movilizaciones internacionales contra la globalización liberal.

No se puede combatir la “mundialización” en tanto que se hace en nombre de la defensa retrógrada de la “soberanía nacional”, del Estado-nación, del mercado o de la industria (capitalista) nacional; antes de oponerse a la mundialización “realmente existente”, o sea, al imperialismo, debe darse otro proyecto mundial emancipador, democrático, igualitario, libertario. No se quiere decir que los movimientos para un cambio social radical no debén comenzar a nivel de una o de cualquier nación, o que los movimientos de liberación nacional no sean legítimos. Pero las luchas contemporáneas son hasta cierto grado sin precedentes, interdependientes e interrelacionadas de un extremo del planeta a otro.

En reacción contra la desconfianza de la globalización, se puede observar, aquí y allí, la aparición de los primeros gérmenes de un nuevo internacionalismo, independiente de los Estados y de los grupos de interés particularistas. Esas son las bases de eso que devendrá en un actual “Internacional de la Resistencia” contra la ofensiva capitalista neoliberal.

Este nuevo internacionalismo no pasó solamente por las fuerzas sindicales y políticas, las más radicales del movimiento obrero y socialista en todos sus componentes (desde los marxistas a los libertarios). De las nuevas sensibilidades internacionalistas aparece también en los movimientos sociales una vocación planetaria, como el feminismo y la ecología, en los movimientos anti-racistas, en la teología de la liberación, en las asociaciones en defensa de los derechos humanos o en solidaridad con el Tercer Mundo, y, más recientemente, en la red efervescente de movimientos de lucha contra la “mercadización del mundo”. Connotados intelectuales como Pierre Bourdieu o Jacques Derrida consideran la fundación de una Internacional de la Resistencia como la tarea más apremiante del momento.

Ciertamente, las ONG’s internacionales se inclinaron más a funcionar simplemente como los “camarillas”, se adaptaron al marco neoliberal dominante y se limitaron a dar sus “consejos” al FMI y al Banco Mundial, que a otros, como el Comité para la Abolición de la Deuda del Tercer Mundo, de Bruselas; el Foro para una alternativa económica,

impulsada por la iniciativa de Samir Amin; la Conferencia de los Pueblos contra el Libre Cambio y la OMC, de Génova, o la asociación internacional ATTAC (Asociación para la Tasación de las Transacciones Financieras y la Asistencia a los Ciudadanos), con una vocación claramente anti-imperialista.

Los cristianos radicalizados son un componente esencial, además de los movimientos sociales del Tercer Mundo —con frecuencia inspirados, principalmente en América Latina, por la Teología de la Liberación—, las asociaciones europeas de solidaridad con las luchas de los países pobres. Inspiradas por la ética humanista y ecuménica del cristianismo, ellos aportan una contribución importante a la elaboración de una nueva cultura internacionalista.

El nuevo movimiento campesino, organizado a escala mundial en la asociación Vía Campesina, ocupa un lugar estratégico en esos procesos de resistencia internacional, en la medida en que se encuentra en el centro de las luchas agrarias, el combate ecológico y la batalla contra la OMC. Sus organizaciones, como el Movimiento de Trabajadores Rurales por la Tierra (MST) en Brasil, o la Confederación Campesina de Francia, están en la vanguardia de la resistencia contra la gran agroindustria capitalista, que amenaza con sus pesticidas y sus OGM, su política de “rentabilización” destructiva de los bosques y el equilibrio ecológico del planeta.

Una muestra de sus representantes, los más activos de las diferentes tendencias, han conseguido tanto en el norte como en el sur del planeta, de la izquierda radical o de los movimientos sociales, unirse en un espíritu unitario y fraternal, en el seno de la Conferencia Intergaláctica por la Humanidad y contra el neoliberalismo, convocado en las montañas de Chiapas, en México, en julio de 1996, por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Ese fue un primer paso, aún modesto, pero que se orienta en buena dirección: la reconstrucción de la solidaridad internacional.

Los acontecimientos de Seattle, en 1999, han visto una concentración impresionante de fuerzas sindicales, ecologistas y anticapitalistas que hacen fracasar a la Organización Mundial del Comercio —ins-

trumento número uno en la globalización neoliberal— y han revelado la potencia de la lucha contra la mercantilización del mundo en América del Norte: También en Europa los movimientos de resistencia contra el neoliberalismo están lejos de ser despreciables como lo han mostrado las recientes (año 2000) movilizaciones de Millau —cientos de miles de personas se solidarizaron con José Bové y su combate contra la OMC— o de Praga, en el momento de la reunión del FMI y del Banco Mundial. El Encuentro Internacional de París en diciembre de 2000 y el Foro Social Mundial, que se realizó en enero de 2001 en Puerto Alegre, han estado en los últimos momentos fuertes de esa movilización planetaria que —más allá de la necesaria propuesta— buscan alternativas radicales en el orden de cosas existentes.

Tres componentes participan en la construcción de esa “Internacional de la Resistencia”:

1. La renovación de la tradición anticapitalista y anti-imperialista del internacionalismo proletario, quitando las escorias autoritarias del pasado (la herencia stalinista de la sumisión ciega en un Estado o un “campo”).

2. Las aspiraciones humanistas, libertarias, ecológicas, feministas y democráticas de los nuevos movimientos sociales.

3. Las nuevas redes de lucha contra la globalización neoliberal, que movilizan también las investigaciones críticas de los jóvenes, quienes quieren romper con las instituciones del sistema comercial y financiero internacional.

Se asiste, en el curso de las movilizaciones de los últimos años, a un acercamiento de sus fuerzas. No es solamente la yuxtaposición de actores sociales tradicionales y de las culturas políticas más diferentes, pero con un comienzo de aprendizaje recíproco sobre todo una serie de problemas. Se ve, por ejemplo, que los sindicalistas empiezan a interesarse en la ecología y los defensores del medio ambiente comienzan a tomar en cuenta la lucha de los trabajadores; los marxistas aprenden con las feministas, y viceversa. Es en la convergencia y la interacción entre esas diferentes sensibilidades como podrá surgir en el internacionalismo del siglo XXI una vocación universalista y emancipadora.

Bibliografía

Marx Karl, F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, París, Livre de Poche, 1973.

Poulantzas N., *Estado, poder y socialismo*, París, PUF, 1978.

Bensaïd Daniel, en su notable libro *Le Pari mélancolique*, París, Fayard, 1997.

Poulantzas N., “Las transformaciones actuales del Estado, la crisis política y la crisis del Estado”, en *La crisis del Estado*, París, PUF, 1976.

Poulantzas N., *Las clases sociales en el capitalismo actual*, París, Seuil, 1974.